VN
2.846. 4-10 de mayo de mes de 2013

EN BUSCA DE LA IDENTIDAD PERDIDA (y II)

Radiografía de una Vida Religiosa mística y profética para hoy[1]

JOSÉ Mª GUERRERO, SJ

Como sugería en el Pliego anterior, quisiera ahora presentar los grandes rasgos de esta forma histórica de Vida Religiosa por donde el Espíritu Santo parece impulsarnos hoy a los religiosos y religiosas, para hacer *más significativo* nuestro servicio al mundo en que nos toca vivir. De la fidelidad a esas líneas maestras y de la capacidad de escucha a los clamores de la realidad dependerá en buena medida nuestro futuro.

Signos que iluminan el camino

I. VIVIR A LA INTEMPERIE DE LOS HOMBRES

1. El convento, ¿fortaleza amurallada o tienda de campaña?

El prototipo del nuevo modelo de Vida Religiosa ya no será el convento sólido e inmenso, arraigado como una fortaleza, sino la tienda de campaña, el vaso frágil, la semilla que muere para dar vida. Por supuesto que ***la misión*** tiene al Señor como centro, y debe ser discernida en fidelidad a nuestros propios carismas y al humus de hoy en que hay que plantarlos. Esto puede suponer abrir obras nuevas, cerrar algunas que ya no dicen nada, reorientar otras... Habrá también que *reformar* estructuras, aliviarlas, dirigirlas hacia la animación y la revitalización de la Vida Religiosa, *sustituir* barreras por horizontes, *responder* adecuadamente a las necesidades y los retos de una sociedad que ha cambiado y está cambiando radicalmente.

Pero esta misión, que es hacia todos los hombres, privilegia a algunos. Si la opción por los oprimidos y marginados, por los pequeños y cuantos fueron considerados y tratados como los "últimos" de la sociedad[2] configuró la vida y la misión de **Jesús** (cfr. Lc 4, 18), también debe configurar la de todos sus seguidores, porque pertenece al corazón mismo del Evangelio y es una dimensión del Reino de Dios[3]. Este llamado nos viene de Jesús y su Evangelio. La historia de esta opción se confunde con la historia de la Vida Religiosa. El Espíritu nos urge a vivir esta ***opción preferencial por los pobres*** en solidaridad y compromiso con la vida de esos *sobrantes* y *desechables* del sistema neoliberal; nos exige el jugárnosla por sus derechos humanos, tan atropellados hoy; nos impulsa a ser signos de honestidad y verdad evangélica y a apoyar los proyectos de los desvalidos y marginados, pues a través de ellos el Espíritu crea en nosotros la profecía de Jesús[4].

Y esta opción preferencial por los pobres se hace cada vez más urgente, porque la brecha entre ricos y pobres no solo no se ha zanjado desde Puebla, sino que, al revés, se ha ido ensanchando y ahondando (cfr. *Documento de Santo Domingo*, 179). "Una de las mayores injusticias del mundo contemporáneo –dijo **Juan Pablo II**– consiste precisamente en esto: en que son relativamente *pocos* los que poseen mucho, y *muchos* lo que no poseen casi nada"[5].

Ante un proyecto neoliberal que se extiende como la única alternativa eficaz posible para crear el bienestar de los pueblos, y que, sin embargo, no mejora la calidad de la vida de los que más poseen, sino que degrada más todavía la situación de miseria inhumana y la exclusión de los pueblos, el Espíritu nos urge a vivir esta opción preferencial por los pobres en la solidaridad y el compromiso con la vida y con la lucha por la promoción integral y la dignidad de la persona, por la justicia, la paz y la libertad (y no solo ni principalmente a través del asistencialismo).

2. Yahvé se revela poderoso en la flaqueza del pobre

En toda la historia de la revelación de Dios y de la sanación de Israel hay una vertiente que se va agrandando cada vez con más fuerza: Yahvé se revela poderoso en la flaqueza de los pobres y los excluidos, de los que no tienen voz en la sociedad. Ese Dios que se hace defensor del pobre, del huérfano, del extranjero, de la viuda, de los esclavos (cfr. Ex 22, 20-26; Dt 15, 7-18; 14, 28-29, etc.) es el Dios vivo y verdadero, el que se va a revelar de manera todavía más escandalosa en la historia de Jesús de Nazaret. Si esta opción configuró su vida y su misión, no puede menos que configurar la nuestra. Él quiso hacer de los pobres los privilegiados de la Buena Nueva y el criterio para discernir la presencia o ausencia del Reino. Si la praxis de Jesús es normativa para sus seguidores, entonces hay que reconocer que, sin la opción preferencial por los pobres, sin asumir su causa y comprometerse con su liberación, le faltará algo constitutivo a nuestra pretensión de ser seguidores de Jesús[6].

Y una manera privilegiada de vivir esta opción es, precisamente, ***la inserción***. Y el pobre, más que un lugar geográfico o social, es un "lugar teológico". No olvidemos, sin embargo, que cambiar de lugar físico y social siempre ha sido uno de los modos más usados de la Vida Religiosa para rehacerse, desde el nacimiento del Císter hasta **Carlos de Foucauld**. Por eso, las *fundaciones* y *refundaciones* han sido el resultado de una decidida vuelta a la pobreza evangélica (hecha de sencillez, modestia, solidaridad y alegría).

Supuesto esto, ¿qué nuevas formas de expresión nos exige hoy la opción preferencial por los pobres? Sin renunciar a las ***líneas-fuerza*** que impulsaron a los religiosos hacia la periferia, el desierto y la frontera, hemos de acentuar otras: el acompañamiento respetuoso y fraterno; la presencia silenciosa, cercana y esperanzada; la modestia, la paciencia, la solidaridad sin protagonismos en sus legítimas causas; la creatividad en el Espíritu, que es fruto de la imaginación e intrepidez, y es motivada por el amor, capaz de discernir respuestas nuevas a nuevas situaciones históricas.

3. ¿Dónde están nuestras prioridades: estamos con los excluidos o con los excluyentes?

Esta es una pregunta clave: ¿estamos de parte de los excluidos o de los excluyentes? Los niños de la calle que vagabundean sin rumbo y sin esperanza, los que vuelven a casa con la alforja vacía y oyen los llantos de sus hijos hambrientos, los ancianos arrumbados como trastos viejos, los refugiados y emigrantes en tierra extraña, que arrastran su precariedad hasta límites increíbles, los sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin futuro..., ¿nos descubren a su lado, o nos sienten enredados en una religión de muchos rezos y poco compromiso evangélico, codeándonos con los grandes del mundo? A veces, nuestra vida desmiente nuestro discurso. No actuó así el Maestro. No olvidemos que los despreciados y pequeños de ahora serán nuestros futuros jueces (cfr. Mt 25, 31-46).

4. ¿Cuál es la ubicación más propia de la Vida Religiosa?

La respuesta es clara: en los ***lugares de frontera*** como expresión de su mística y su profecía, es decir, donde la vida clama. Esto exige luchar y promover estructuras más justas, que creen mayor igualdad, para que haya crecimiento pero con equidad, donde se fortalezcan cada vez más las conductas de austeridad y modestia, de solidaridad y justicia; y se rechacen, en cambio, el talante individualista, la competencia exagerada, la existencia de una cultura de consumo, el prestigio de la posesión de bienes suntuosos y todo alarde de ostentación y apariencia. Todo esto rompe muestra convivencia social, ensancha nuestras diferencias y crea un clima de resentimiento y potencial violencia. Nada engendra más optimismo y esperanza que alinearse en la lucha por la promoción de un mundo más justo y solidario, donde todos vivan con dignidad y sean valorados y respetados.

La Vida Religiosa es significativa no como fuga del mundo y de la historia, sino como fermento y empuje dentro de la historia que nos toca vivir; y para que Dios, que es la novedad absoluta (cfr. Ap 21, 1-7) habite nuestros límites, los supere, y realice así los nuevos cielos y la nueva tierra. Y, en este vivir insertos en la historia, nuestro lugar no será la retaguardia cómoda, lejos de la "línea de fuego", sino el campo abierto, donde se lucha por la justicia y la paz. Y, en concreto, nuestro lugar específico será –como dijo **Jon Sobrino**– ***el desierto, la periferia y la frontera***. "Por *desierto* entendemos que el religioso esté allí donde de hecho no está nadie, como ha sido el caso a lo largo de la historia en la presencia de los religiosos en los hospitales, escuelas o, modernamente, en parroquias desatendidas. Por *periferia* entendemos que el religioso esté no en el centro del poder, sino allí donde no hay poder sino impotencia. Por *frontera* entendemos que el religioso esté allí donde hay más que experimentar según la necesaria imaginación y creatividad cristiana, donde mayor puede ser el riesgo, donde más necesaria sea la actividad profética para sacudir la inercia en que se va petrificando la Iglesia en su totalidad o para denunciar con más energía el pecado"[7].

Esto implica hacer propia de los religiosos la audacia de los fundadores y fundadoras, como respuesta evangélica donde la vida clama. Y esto exige compromiso con los empobrecidos y marginados, los desplazados, los indígenas, los ancianos, la mujer, la trata de personas, etc., etc.

5. En la frontera de alguna deshumanización

Por otra parte, todas las familias religiosas han nacido en la frontera de alguna deshumanización. Esa fue y es su verdad. Y lo seguirá siendo mientras se dejen colocar por el Espíritu en ella, porque "Dios siempre mayor" revela su grandeza precisamente en el apasionamiento por el "hombre siempre menor"[8]. Si allí nacieron, allí tendrán que volver a beber en su propio pozo. Ese estar *en la frontera*, signo de que el Espíritu que guía está en acción, será criterio de discernimiento para buscar lo que a Dios le agrada. Protegerse en la retaguardia, donde no se arriesga

nada ni hay nada que experimentar, y cobijarse al resguardo del soplo del Espíritu es signo de decadencia, y la recreación de una Vida Religiosa más significativa es imposible.

II. OPCION POR LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD

1. Luchar por un orden social que no excluya

La globalización económica –y su motor neoliberal– se presentan como la única alternativa posible para crear un mundo paradisíaco, de bienestar para todos. Es una gran falacia. La dura y cruda realidad dice lo contrario, es decir, a "los señores de la globalización" no les conmueve el corazón –al menos, no lo demuestran– el ver las masas de empobrecidos, sobrantes y desechables que genera el sistema neoliberal. Más aún, la globalización económica, como está hoy planteada, no puede arreglar la desastrosa situación en que viven millones de seres humanos. El mismo Fondo Monetario Internacional (FMI) lo ha dicho a través de su exdirector, **Michel Camdessus**: "El mercado no es capaz de reconciliar lo económico con lo social, porque el mercado no tiene horizonte social". Así de claro. Es verdad que el mercado, base de la globalización económica, produce riqueza, pero ¿a qué coste y cómo se distribuye? Los hechos son incuestionables. Y este es el fracaso de ***la civilización de la riqueza***: el no poder dar de comer al planeta ni hacer que las personas se sientan a gusto en esta Tierra.

La globalización "desde arriba", que dirigen y fomentan las grandes multinacionales y los gobiernos e instituciones internacionales al servicio de sus intereses, es un atentado contra la miseria de muchos pobres cada vez más pobres y excluidos del banquete y de la fiesta. ¿Cómo no va a ser hiriente y descorazonador que las tres personas más ricas del mundo tengan una riqueza equivalente a la de 600 millones de habitantes de los países pobres?

La avalancha de críticas que les cae encima a los defensores de esta globalización es durísima y contundente. ¿Cómo responden? Soplando sobre las ascuas mortecinas de tantos y tantos el deseo desordenado de poseer, alimentando la codicia, la ostentación, el consumismo y el ansia de ganar por encima de lo que sea y a costa de quien sea. Hay que ser un miope para no ver la hiriente contradicción de esta justificación, que ni ellos mismos creen, con la actitud de muchas personas y pueblos que consideran primordial lo comunitario, la moderación, la solidaridad y el compartir, la equidad y la austeridad.

Junto con esa falta de solidaridad que entraña la globalización, hay otra vertiente, que es como la otra cara de la moneda, y es el afán de figurar y aparentar que encandila al hombre de hoy quizás más que en otras épocas. Los valores de la modestia y la humildad no se cotizan demasiado en la bolsa de un mundo como el nuestro, autosuficiente y orgulloso, tan encandilado por el prestigio social y el poder. El vivir con sobriedad no se estila en un mundo atestado de propuestas consumistas[9]. La cultura de lo suficiente y la solidaridad no se traduce en hechos. Hoy la persona se va aislando más del resto y, a menudo, repite con **Caín**: "¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?" (Gn 4, 9).

2. La globalización "desde abajo"

La Iglesia no puede aceptar y debe denunciar sin ambigüedades ese neoliberalismo que discrimina, que se desentiende de los pobres y los convierte así en excluidos y sobrantes. En esta coyuntura histórica que atravesamos, la opción preferencial por los pobres está llamada a ser la raíz y la fuente inspiradora de nuevas formas de compromiso, capaces de articular un ***proyecto de justicia y solidaridad*** que dé *nuevo rostro y nuevas manos* a la opción preferencial por los pobres y haga transparente la veracidad del seguimiento de Jesús.

Estamos viendo con asombro, no exento de perplejidad y de miedo, cómo la globalización económica avanza a un ritmo galopante, orquestada y empujada por un fenómeno avasallador de tecnología y comunicación masiva. No pocos creen que puede traer grandes beneficios, pero, al mismo tiempo, estamos viendo que la realidad, de hecho, es bien distinta, porque lo que está ocasionando son injusticias a escala masiva: exclusión y empobrecimiento de grandes masas, atropello de culturas por esa modernización homogeneizante que destruye la identidad y los valores tradicionales de culturas distintas, etc.

En justicia, la Iglesia no puede cruzarse de brazos ante esto. Hay que trabajar por construir un orden social basado en la solidaridad. Para llegar a vivir un estilo de vida marcado por la modestia y la sencillez, hay que poner la solidaridad en el corazón de nuestra vida. Son urgentes la economía y la política de la solidaridad y la sencillez, la educación en el compartir y vivir sobriamente.

Nuestra opción por la justicia y la solidaridad nos tiene que hacer lúcidos e intrépidos. No está en nuestras manos cambiar con un golpe de timón esta

situación que crea la "globalización desde arriba", que va sembrando exclusión, miseria y desesperanza en grandes masas de personas y de pueblos, ya que se presenta como camino único e indiscutible para el progreso de la humanidad. Sin embargo, algo se está moviendo. Muchos piensan que "un mundo distinto es posible y todos estamos llamados a construirlo". El "movimiento global contra la globalización" ha puesto al descubierto su vulnerabilidad.

Ante la globalización construida sobre cimientos de exclusión, empobrecimiento, falta de respeto a la dignidad de la persona y no reconocimiento y valoración de las diferentes etnias y culturas, se trata de buscar una sociedad alternativa que no excluya a nadie, donde quepan todos, y que haga de la persona, y en concreto del pobre y excluido, el centro de la economía, la preocupación social, y que no atropelle y destruya ninguna etnia o cultura. Estamos ante el reto de emprender esfuerzos a todos los niveles para que la globalización esté marcada por la solidaridad, la equidad, la sostenibilidad, la inclusión. En esta nueva etapa del mundo, queremos una globalización solidaria, respetuosa de los servicios, de la justicia social, de la igualdad y de la soberanía de todos los pueblos. Es lo que se ha llamado la "globalización desde abajo".

En esta legítima lucha por la justicia y la promoción de todos los hermanos, y especialmente de los más pobres y excluidos, todos los creyentes en Jesucristo y su proyecto de vida deberían estar en primera fila, como exigencia ineludible de su fe, que los lleva a vivir la cultura de lo suficiente, compartirla con los demás y rechazar todo ese mundo de lo superfluo, de la ostentación y el lujo. No deberían dejarse dominar por un sentimiento de impotencia ("no hay nada que hacer") frente al poder del sistema neoliberal, orquestado por una propaganda machacona y mentirosa. Y esta resistencia habría que traducirla con creatividad, lucidez y coraje en metas posibles a corto y medio plazo:

- Educar en una cultura de lo suficiente.
- Enseñar valores de solidaridad y sencillez.
- Formar líderes en las clases medias y en los medios populares que sepan defender sus derechos.
- Defender las culturas autóctonas y la ecología.
- Optar por una presencia solidaria y transformadora entre los pobres y excluidos, etc.

III. CADA UNO OÍA HABLAR EN SU PROPIA LENGUA

La Vida Religiosa nace en una coyuntura histórica determinada. Cada orden, congregación o instituto es suscitado por el Espíritu frente a deshumanizaciones de una realidad histórica concreta. Los fundadores y fundadoras, a pesar de la genialidad espiritual con que, por la fuerza del Espíritu, sobrepasan su época, dejan una impronta muy marcada de su tiempo. Para la Vida Religiosa, *inculturarse* significa hacer inteligibles y vivenciables en otros categorías históricas y culturales las intuiciones primigenias –la gracia carismática– que el Espíritu les concedió a nuestros fundadores o fundadoras.

Estamos muy al comienzo de este ***proceso de inculturación*** de nuestros carismas fundacionales, que debe inspirar el estilo de formación, de experiencia comunitaria, de proyectos apostólicos... Es normal que las grandes transformaciones socioculturales en este mundo plural afecten a la Vida Religiosa, la condicionen e incluso la configuren. Uno tiene la impresión de que, a veces, no nos descodificamos lo suficiente de nuestros propios símbolos, categorías, costumbres importadas, etc., para codificarnos en los valores propios de otras culturas en las que debemos servir. Y esto se traduce en una descorazonadora ineficacia apostólica.

Ni el Evangelio ni la Vida Religiosa se identifican con ninguna cultura, pero no pueden darse sino *inculturados*. Encarnar el Evangelio en cada cultura es imperativo de Jesucristo. Jesús asumió todo lo humano menos el pecado, *en la cultura de su pueblo*, para realizar la misión que el Padre le confió. Sus discípulos no podemos actuar de otra manera. Él es nuestra inspiración, nuestra fuerza y nuestro camino.

En efecto, en el *Documento de Santo Domingo* (DSD, 230) se sugiere considerar la inculturación a la luz de los tres grandes misterios de la salvación:

- La **Encarnación**, que expresa el triple movimiento de cercanía, de la solidaridad de Dios hasta llegar a la identificación.

- La **Pascua**, que conduce a través del sufrimiento a la purificación. La inculturación es juicio y es salvación, tanto para los que son enviados como para la cultura misma; potencia todos los valores de la cultura en que se anuncia el Evangelio y purifica los gérmenes de pecado que en cada cultura existen.
- **Pentecostés**, que, por la fuerza del Espíritu, posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios.

Mi convicción profunda es que sin inculturación no es posible llegar al corazón del hombre que habla otra "lengua", se expresa en otros símbolos y categorías culturales... y más en un mundo tan plural.

La inculturación, por otro lado, no es algo que ha de hacerse en los "laboratorios" de una curia general o en un capítulo general. Es, por definición, particular; y, por eso, tiene que partir desde abajo, de aquellos y aquellas que están en contacto cotidiano con la cultura, a veces tan distinta de la tradición occidental que, en general, impregnó el espíritu y la letra de nuestras constituciones y tradiciones.

A lo largo de la historia, la Vida Religiosa ha sido pionera, aunque con algunas fases opacas, como entre 1800 y 1950. Sus esfuerzos de inculturación no siempre fueron comprendidos ni alentados por las autoridades de la Iglesia. Un ejemplo impactante fue el jesuita P. **Nobili**, allá en los comienzos del siglo XVII. Se hizo *saniassi* (hombre dedicado a las cosas de Dios) en la India –siendo él un noble italiano– y se vistió con una ropa color ocre-rojo, un signo triangular de sándalo sobre su frente, altas sandalias de madera en sus pies, y se confinó en una húmeda y calurosa cabaña, comiendo solamente hierbas, arroz y frutas. Aprendió el sánscrito para dominar el *Libro de los Vedas*. Y todo para anunciarles a sus hermanos de las India la Buena Nueva de Jesucristo el Señor. Fue un hombre inculturado, una profecía viviente y estimulante para tantos y tantos que siguieron sus huellas, a pesar del rechazo de la Iglesia. Hoy, en cambio, admiramos su visión profética, su audacia y sus sacrificios para llevarla a cabo.

La inculturación es un llamado de Dios a asimilarnos al misterio de Cristo, a que aceptemos experimentar ese misterio en nuestra propia carne. Y no olvidemos que la inculturación es fruto de mucha contemplación, de exigente desprendimiento y de amor muy grande a las personas que viven otra cultura y a la que somos enviados.

IV. HAMBRIENTOS DE UNA VIDA COMUNITARIA Y HARTOS DE UNA VIDA EN COMÚN

1. ¿Hogar u hotel?

En el Congreso Internacional de la Vida Religiosa (Roma, 2004), hubo un grupo de jóvenes invitados. Tuvieron tres breves intervenciones. Y en ellas la tónica fue la misma: "Tenemos sed de vida comunitaria como expresión de relaciones cálidas y fraternas y como lugar para compartir nuestra fe y nuestros carismas, es decir, lo que somos, lo que sentimos y soñamos". Uno de ellos me comentaba un tanto decepcionado que están ***"hartos de vida en común, pero hambrientos de vida comunitaria"***. No acaban de entender por qué hay tantos religiosos y religiosas que viven solos a pesar de estar juntos. No compartir nuestra fe, ni nuestra razón de ser y trabajar, lo que pensamos, lo que sentimos y proyectamos es, simplemente, un sinsentido y una frustración. Querían que sus comunidades fueran un hogar y no un hotel. Como muchos de nosotros, estaban convencidos de que una comunidad es "mucho más que compartir un mismo techo, una misma mesa y un mismo reglamento... No somos voluntarios de una organización multinacional ni huéspedes más o menos contribuyentes de una casa" (*Carta del P. Peter Hans Kolvenbach a la Compañía de Jesús,* siendo todavía general).

Todos hambreamos comunidades que sean como esos espacios verdes en las ciudades, donde se respira aire de Dios y de humanidad: lugares de encuentro y de amistad, de acogida y de apoyo, de perdón, serenidad y fiesta. Necesitamos comunidades que sean, al mismo tiempo, espacios en donde se respire franqueza, lealtad, transparencia, ayuda fraterna, comprensión y alegría. Añoramos comunidades cálidas y acogedoras con mucho ***sabor a hogar***. Y la palabra *hogar* evoca rápidamente un clima de familiaridad, naturalidad, donde reinan la confianza, la comunicación, la libertad interior, la intimidad y el compartir gozoso. El *hogar*, a diferencia de un nido protector y egoísta, proyecta hacia fuera y comparte con otras personas lo mejor que vive en su interior. Necesitamos

el *hogar* para crecer vitalmente, para realizarnos como personas, para ser felices. Nuestras comunidades nos tienen que hacer gozar más que sufrir.

Mi convicción profunda es que si la Vida Religiosa tiene hoy una oportunidad y un papel que desempeñar es el de crear en todas partes, suscitar, animar y sostener ***hogares de vida auténticamente fraterna*** que irradien a los demás amistad, estímulo, apoyo, paz y reconciliación. Da pena de ver a tantas multitudes de gente solitaria, presa de sus ocupaciones y agobios, lo cual hace que vivan encerradas en sí mismas.

2. Creadores de fraternidad, despertadores de esperanza

Si la Vida Religiosa es la *matriz* de la que nacen y llegan a la plenitud hombres y mujeres liberados de sí mismos, de su cerrazón, de sus egoísmos, de sus desalientos, de lo que retiene al hombre y a la mujer en sus esclavitudes, unificados y serenos, gozosos en espera del futuro, hermanos de todos, ¡qué interpelación para todos los que viviendo, a veces, juntos, se sienten, sin embargo, solos!

En un mundo tan desgarrado y agresivo, cada vez más fragmentado por etnias, ideologías, religiones..., al que se le han muerto las ilusiones de fraternidad afectiva y efectiva y es incapaz de soñar utopías, ¿no serían los religiosos y religiosas como un aguijón inquietante hacia un futuro más solidario y fraterno, creadores de fraternidad y despertadores de esperanza? Una Vida Religiosa fraterna vivida en radicalidad es una denuncia profética contra una sociedad individualista y ambiciosa, que margina a grandes masas de desposeídos, y una invitación profética a la justicia y la reconciliación.

3. El encanto de vivir unidos en la diversidad

Sin pretender hacer una larga y exhaustiva reflexión sobre la comunidad, sí quisiera dar unas pinceladas que sugieran ***la comunidad que soñamos*** y sus dimensiones mística y profética:

- Tendrá que pasar de ser una vida en común a una ***comunidad de vida***, rica en relaciones personales de acogida, respeto y valoración del otro, del diferente; de diálogo y discernimiento, en libertad responsable, en la preocupación por el otro; en la que, más que la presencia física, lo que cuenta es la compenetración de espíritu y la unión de corazones.
- Habrá que pasar de estructuras que aniñan a apoyos que forman en la ***libertad***. No ha sido raro que, con buena voluntad, se hayan multiplicado los apoyos estructurales que han forjado personas aniñadas sin creatividad ni imaginación, más fieles ejecutoras de órdenes que discernidoras desde la propia responsabilidad y su leal saber y entender, para vivir la misión que se les confió. No se ayuda a crecer en madurez y en responsabilidad coaccionando, sino promoviéndolas. ¿No hay todavía comunidades excesivamente reglamentadas, que impiden caminar con holgura y libertad hacia exigencias de una vida comunitaria seductora por lo fraterna, comprometida en la misión, disponible siempre y gozosa?
- Es necesario pasar de una uniformidad imposible a la ***unidad en la diversidad***. Toda comunidad cristiana y religiosa es una pálida imagen de la comunidad trinitaria. Y la comunidad trinitaria se hace en la diferencia, y no en la uniformidad: cada persona divina es distinta y actúa distintamente. La unidad en la Santísima Trinidad está hecha de oposiciones y diferencias entre las tres personas distintas, compartidas en el amor.¿Qué significa entonces ese cierto afán por nivelar a las personas?
- Hay que pasar de la trinchera fortificada al campo abierto, donde se lucha por el Reino. Una comunidad introvertida es una comunidad neurotizada. La mejor manera de desdramatizar los pequeños conflictos y problemas de dentro de nuestras comunidades es sumergirse en las tragedias que viven nuestros hermanos. Nuestras comunidades vivirían más aireadas y sanas si abrieran sus puertas y ventanas al mundo, bajasen a la calle y se metieran en la caravana de los hombres y mujeres y escucharan con el corazón lo que sufren, luchan y aman. Nuestro lugar no es la retaguardia cómoda, donde no se corre ningún riesgo, sino la ***línea de fuego***, donde se lucha por la justicia, la solidaridad y la paz.

4. Madurez humana y espiritual de los religiosos y religiosas

Todo lo anterior supone un tema de calidad, es decir, de madurez humana y espiritual en los religiosos y religiosas. Hay que aprender a madurar muy hondamente las propias experiencias humanas: encontrar la paz y la reconciliación consigo mismo, asumir su propia historia personal con paz. Una dimensión muy especial de esa madurez personal tiene que ver con ***la madurez afectiva***: capacidad de dar y recibir afecto, de apertura e intimidad, de gratuidad y generosidad, de serenidad para enfrentar la vida, de dominio de las propias pulsiones corporales y de la propia sensualidad, configuración de la propia identidad sexual, de la plena integración de las dimensiones masculinas y femeninas (la problemática del género), etc. Esto agudiza la conciencia de la propia pequeñez y debilidad: es un sabernos esencialmente frágiles. Igualmente, es indispensable madurar el propio camino espiritual. Encontrarse con el Dios creador que late en lo hondo de cada uno de nosotros y que es en verdad nuestro único Señor.

V. LAICOS Y RELIGIOSOS, ¿COMPAÑEROS DE MISIÓN?

A lo largo de las últimas décadas, hemos ido descubriendo que los religiosos y religiosas no monopolizamos nuestros propios carismas. Y hemos llegado a la conclusión de que "nuestro carisma puede ser compartido con los laicos" (VC, 54), es decir, que hay personas llamadas a vivir nuestros carismas, pero *laicalmente*. Esto significa tenerlos como ***compañeros de misión y no como simples colaboradores***.

Y esto nos exigirá una actitud de apertura, respeto y valoración, y dar los pasos necesarios parta aceptar y agradecer su aporte desde lo propiamente laical. Habrá que abrir espacios de ***autonomía en comunión***, para que puedan ser ellos mismos, no intentando falsas seguridades, ni escondiendo complejos de superioridad o manipulación. Reconocer la madurez de los laicos en hechos de participación y corresponsabilidad no es demagogia, sino que es comunión.

Nuestra colaboración con los laicos será tanto más fructífera cuanto más se salvaguarde la propia identidad de los religiosos y los laicos (cfr. VC, 70). Los religiosos y religiosas les recordamos a los laicos "que este mundo puede ser transformado solo desde el espíritu de las bienaventuranzas" (LG, 31). Podemos aportarles nuestra propia espiritualidad, que también puede vivirse laicalmente. Asimismo, hemos creado plataformas apostólicas, inspiradas en la misión, que podemos ofrecer para que los laicos realicen su misión. Puede ser también significativa para ellos nuestra sabiduría acumulada: espiritual, comunitaria, organizativa, etc., abriéndose así un abanico de posibilidades de formación. Los laicos, por su parte, que no son cripto-religiosos, nos ayudan a los religiosos y religiosas en nuestro camino espiritual y pastoral desde su ***dimensión secular*** de compromiso en lo temporal. Y, finalmente, la misión de muchas congregaciones depende, de hecho, con frecuencia, de lograr la participación de estos compañeros de misión. ¿Cuál es el desafío de la vocación laical? "Colaborar efectivamente para que el espíritu de Jesús y el Reino penetren en la sociedad y en las estructuras generando vida"[10].

Es evidente, además, que hoy se tiene mayor conciencia de la dimensión laical de muchos de los institutos, y que la Vida Religiosa del futuro estará cada vez más abierta al laicado, en general, en la línea de la comunión y participación en cuanto a la espiritualidad, el trabajo y la comunión de vida. Parece claro que ***cada día tiene más peso y protagonismo lo laical***.

N O T A S

1. **GUERRERO, J. Mª.**, "En tiempos 'recios' urge la mística y el testimonio: desafío y tarea para la Vida Consagrada", en *Revista CLAR* nº 1 (Enero-Marzo, 2008), pp. 41-54. Habrá que tener como telón de fondo lo que allí expresé.
2. **JUAN PABLO II**, *Vita Consecrata* (VC), 82. Esos son para el Papa polaco los pobres.
3. **JUAN PABLO II**, en VC 82. Cfr. también en **LIBANIO, J. B.**, "Missao da vida religiosa no momento actual", en *Convergencia* 251 (1992), p. 163.
4. Ver mi artículo "Hacia una nueva comprensión de la opción preferencial por los pobres", en *Testimonio* 169 (1998), pp. 12-19, con amplia bibliografía.
5. **JUAN PABLO II**, *Sollicitudo rei socialis*, 28.
6. **FREITAS C.**, de, "¿Todavía la opción por los pobres?", en *Boletín CLAR* 6 (1995).
7. **SOBRINO, J.**, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, Sal Terrae, Santander, 1981.
8. **IGLESIAS, I.**, "Servidora de la persona y dependiente del Espíritu", Pliego de *Vida Nueva*, nº 2.016 (1995), pp. 23-28.
9. Véase el excelente artículo de **IZUZQUIZA, D.**, "Vivir sobriamente combatiendo el consumismo", en Sal Terrae 983 (1995), pp. 717-741. "Una de las cuestiones recurrentes en la predicación de los profetas es la crítica a la idolatría (puede verse, por ejemplo, en Is 44, 6-20); y ya san **Pablo** afirmaba que la codicia es una forma de idolatría (Col 3, 5). Hoy podemos decir lo mismo del consumismo, que no es sino un modo de adorar vital y 'culturalmente' ciertos objetos y hechuras de las propias manos humanas: con su becerro de oro (la televisión), sus templos (grandes almacenes), sus falsos oráculos (la publicidad), sus sacrificios (la cuesta de enero), sus fiestas (e1 día de la madre o de los enamorados, o de lo que sea), sus altavoces diseminados por la ciudad (vallas publicitarias...), su paraíso-tierra prometida (mostrado en las telenovelas)".
10. **MURAD, A.**, fms., "Religiosos y laicos al servicio de la misión", en *Testimonio* 232 (2009), p. 65.

CONCLUSIÓN

Quiero concluir esta larga reflexión con unas palabras del P. **José Rodríguez Carballo**, el hasta ahora ministro general de los franciscanos y nuevo secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Hablando a los obispos de Galicia y a los provinciales, les sugirió ***tres grandes acciones*** que se completan y complementan de cara al futuro de la Vida Religiosa: centrarnos, concentrarnos y descentrarnos.

CENTRARNOS

Significa que hay que optar carismáticamente con más radicalidad por ese "estilo de vida" al que el Señor nos llamó para compartir su vida y su misión. Lo que importa es que descubramos cuál es nuestra identidad y nuestra oferta carismática en esta Iglesia a la que queremos servir. No somos para todo.

CONCENTRARNOS

Significa atender a lo esencial y no dejarnos enredar ni perdernos en lo que no pasa de ser circunstancial. En el seguimiento incondicional de Jesucristo hay pocas cosas definitivas. Hay que descubrirlas y vivirlas apasionadamente.

DESCENTRARNOS

Significa salir hacia el mundo y hacernos presentes en la vanguardia de la Iglesia, en la frontera, en la franja liminar. Eso es lo nuestro.